

ello hace el protagonista al aceptar, insensatamente, el favor que le pide un amigo de revisar y corregir la versión final del informe que cuenta la masacre. La lectura reiterada del horror terminará por perturbar psíquica y emocionalmente a este corrector de tal manera que caerá en la paranoia y, enajenación. El propio Horacio Castellanos comenta que a los 10 años de leer informes sobre las masacres indígenas, a manos del ejército en Guatemala, sentía «algo podrido dentro» y califica de «mal endémico» la violencia registrada en su novela que al llegar a trastornar mentalmente al protagonista por la terrible descripción de los horrores cometidos, nos ayuda a comprender y calibrar lo sufrido por los testigos y supervivientes. En este sentido, señala el autor de *La diabla ante el espejo*: «A partir de los 60, la violencia se impuso y se quedó. La sociedad sigue siendo tan violenta como durante la guerra civil. Pasadas dos o tres generaciones es algo muy difícil de revertir. El placer de matar se puede convertir en un hábito». Horacio Castellanos sostiene que es imposible quedar indemne ante el horror y que después de la barbarie un «pueblo no está completo demente», como declara un afectado, ya que algo se rompe emocionalmente. Para el autor hace falta una

reflexión, que todavía no se ha realizado en El Salvador, sobre lo ocurrido, añadiéndose el agravante de que el ejército, todavía, no ha perdido perdón por el exterminio y, por las secuelas que ello ha dejado tanto en los sobrevivientes, como en los soldados paramilitares que asesinaron a sus compatriotas con el silencio de la Iglesia. El autor explicita la distorsión que llega a producir la vivencia del terror y la imposibilidad de volver a ser la misma persona, incluso, aunque, como él, uno se entere por testimonios escritos. Tanta violencia evidenciada incapacitará para el placer y el erotismo que, además de resultar siempre insatisfecho, pondrá de manifiesto su sin sentido, vulnerabilidad, fragilidad y vacuidad, lo cual, por otro lado, potenciará hasta límites insospechados la sensación de acoso, persecución y miedo que, progresivamente, invadirán al protagonista hasta sumirle en un delirio que hace insostenible su cotidianidad.

El relato de los indígenas testigos para expresar lo sucedido, sólo encontrará cauce estilístico a través de la metáfora, de descripciones obsesivamente minuciosas, del sarcasmo y el cinismo, de una sintaxis rota y dislocada, configurada en frases impecables y adjetivos luminosos y certeros, única manera de recrear lo sucedido, en

un derroche de riqueza expresiva y economía verbal en el que el humor como subversión y como modo de conjurar la violencia no faltan en esta novela en la que no acontece un solo hecho violento fuera del informe leído por un ateo. No olvidemos que el protagonista revisa el informe en una habitación del arzobispado de la ciudad, que no previó hasta qué punto iba a cambiar su vida.

**Transportes González e hija. Una vida sobre ruedas,** *María Amparo Escandón, Madrid, Maeva, 2005, 255 pp.*

Después de su exitosa *Santitos* (1999), la segunda novela de María Amparo Escandón, (México 1957), *Transportes González e hija. Una vida sobre ruedas*, sorprende de nuevo por la originalidad estilística y eficacia narrativa a lo largo de unas páginas en las que realidad y ficción se mezclan hasta borrar los límites entre ambos territorios. En este sentido, hay que decir que esta escritora mexicana afincada en Los Ángeles (California) ha descrito en este libro experiencias personales y como ella misma señala, la novela es un homenaje a su padre que tuvo una flotilla de camiones que

transportaban equipos que alquilaba a contratistas. Este mundo enigmático sólo estuvo al alcance de la autora las raras ocasiones en que su padre la llevaba a visitar el depósito, «... un lugar peligroso, desconocido y duro, sólo para hombres, nunca para niñas. Con el tiempo sentí la urgencia de llamar la atención de mi padre, de obtener su aceptación. Las relaciones entre padres e hijas son complejas y están llenas de rincones por barrer. Eso me llevó a escribir la novela». Impactada y conmovida por este mundo esencialmente masculino, convivió durante un año con los conductores recorriendo Estados Unidos –incluso, aprendió a conducir un tráiler– con el fin de recopilar elementos para escribir este libro cuyo protagonista será la excepción: una mujer *trailerera*, nombre con el que se denomina en el español fronterizo a las conductoras de camiones, hasta que ingresa en una cárcel mexicana. María Amparo Escandón reconstruye, también, la vida carcelaria femenina para lo cual se ambientó en las prisiones de Tijuana y Chowchilla (California). El espacio cerrado, reducido y vigilado de la cárcel y el amplio y abierto de la carretera, servirán a la autora para construir una paradoja que tendrá como centro el hecho de que se puede ser más libre en el primero que en el segundo.

La protagonista irá desgranando su historia como si se tratara de una obra de ficción haciendo creer a las presas que lo está leyendo en los diferentes libros que les lee en el Club de Lectura que organiza como entretenimiento para las presas. La reflexión fundamental que gravita sobre esta hermosa novela gira en torno a las relaciones entre padre e hija que en México son de especial complejidad debido al peso que la figura paterna tiene en la sociedad, pero María Amparo Escandón escribe, también, sobre la amistad entre mujeres, la libertad, el amor, la identidad, el dolor, el viaje como huida, la soledad, la corrupción, la capacidad del destino para desviarse abruptamente, de las diferentes culturas que surgen en la frontera entre México y Estados Unidos, así como de los peculiares modos de hablar, característica que convierte a esta novela en un ejercicio lingüístico sobre el dinamismo del español, su manera de evolucionar, cambiar y adaptarse en zonas fronterizas que sufren el choque cultural. De ahí que la autora constata que la proximidad territorial entre dos países puede generar un especial modo de expresión, en este caso el *span-glish* –modo de hablar de los chicanos en Estados Unidos– que está ganando terreno. María Amparo Escandón se niega, además, a castellanizar términos y sacrificar la

integridad lingüística de la novela para hacerla más comprensible. Recordemos que esta escritora escribe sus libros primero en inglés y después en español. Lo dicho justifica el glosario inicial que recoge no sólo jerga transportista sino, también, mexicana, carcelaria, anglicismos, neologismos y anglohispanismos.

La combinación de técnicas contrapuntísticas y de telenovela hacen de esta *road novel* un libro lleno de sentimientos, pasiones y delicadeza quizás porque la autora ha tenido el acierto de olvidarse de que el mundo de la carretera es masculino y se ha dejado llevar por la fascinación de la excepción: el hecho de que hay mujeres capaces de conducir camiones de 18 ruedas, número en el que basan su jerarquía los camioneros, sin renunciar a su femineidad. Un libro descrito con sensorialidad, humor y emoción, de creatividad reposada, íntimo y personal que nos recuerda, una vez más, el poder de la literatura para despertar la imaginación.

**Cuando Dios bailaba el tango,** Laura Pariani, *Pre-textos*, Valencia, 2005, 372 pp.

Laura Pariani, Busto Arsizio (Italia), 1951, es considerada una

de las más prestigiosas escritoras contemporáneas italianas, siendo la autora más premiada de su país. Entre otros, sólo la novela que ahora comentamos, obtuvo en el año 2002 los premios Alas-sio, Alghero Donna y Gandovere. A pesar de su origen, persiste en esta autora un fuerte vínculo con Argentina, lugar en el que sus abuelos debieron refugiarse para escapar del régimen fascista de Mussolini. La primera vez que Laura Parlani visita Argentina, tiene 15 años. El motivo: conocer a su abuelo. De regreso a su Italia natal el deseo de volver a América persistirá, así como la obsesión de escribir sobre la inmigración italiana en Argentina vista por las mujeres, tema de *Cuando Dios bailaba el tango*, una bellísima novela coral femenina que contiene un siglo de la historia de Argentina, reflejada a través de una de las protagonistas. Cada capítulo de esta novela, que no respeta un orden temporal, lleva el nombre de una mujer y la cita de un tango o canción emblemáticos de letristas, músicos, cantantes, poetas... latinos, fundamentalmente argentinos: Alfredo Le Pera, Enrique Santos Discépolo, Cátulo Castillo, Miguel D. Etchebarne, José de Grandis, Enrique Cadícamo, Horacio Ferrer, Homero Manzi y Eladia Blázquez, que harán la

función de resumen condensado de lo que se narrará.

Dos países, dos mundos y dos lenguas diferentes, con desigual peso emocional ya que Italia quedará reducida a un segundo plano, manifestándose Argentina con una presencia absoluta y dilatada en el tiempo pues lo que Laura Pariani ofrece es una gran retrato argentino que abarca, como hemos dicho, un siglo: desde las huelgas de la Patagonia en los años 20, a las matanzas de indios, la muerte de Evita, la Junta Militar, los mundiales del 78 y el crack económico de 2001. No faltan los nombres propios: Uriburu, general golpista que en 1930 instauró la dictadura militar; Luis Emilio Recabarren, figura principal del movimiento sindicalista chileno; Primo Capraro, italiano suicida, emigrado a Argentina y figura decisiva en el desarrollo de la Patagonia; el general Juan Carlos Onganía, responsable del golpe de Estado dado en 1966 o los proféticos comics del dibujante Oesterheld sobre la dictadura argentina, al transformar el estadio de River en símbolo de muerte.

Laura Pariani plantea, desde la memoria, que la emigración supone enfrentarse a un mundo desconocido; una especie de traición al hogar, a las raíces; la complejidad de vivir entre dos mundos: el país de origen y el de acogida; el des-